## LA «PSICOLOGIA CELULAR» DE E. HAECKEL EN ESPAÑA CRÍTICA DE A. HERNÁNDEZ FAJARNÉS (1883)

D. J. QUINTANA FERNÁNDEZ Facultad de Psicología de la UAM

## RESUMEN

La década de 1870 representó para España una etapa de fuerte ebullición ideológica en relación con la cuestión transformista. Haeckel dio a conocer su psicología científica en sus escritos "Perigénesis de las plastídulas" (1876) y "Las almas celulares y las células psíquicas" (1878). Ambos fueron traducidos al español conjuntamente bajo el título *Ensayos de psicología celular*, en 1882. Este trabajo tiene el doble objetivo de analizar el contenido doctrinal de dicha psicología y la reacción crítica que produjo su aparición en los círculos conservadores españoles, personificando dicha reacción en la *Psicología celular* de filósofo católico Hernández Fajarnés (1883).

## **ABSTRACT**

The 1870'decade meant for Spain a period of extraordinary ideological activity related to the subject of Transformism. Haeckel intruduced his revolutionary sicientific psychlogy in his writings "Die Perigenesis der Plastidule" (1876) and "Zellseelen und Seelenzellen" (1878). Both were translated into spanish language in a singel volume named Ensayos de psicología celular (1882). The present work aims at two goals: to analyse the doctrinal contents of such psychology and also the critical reaction that its publication caused in the spanish conservative groups, being that reaction mos significantly showed in the Estudios críticos sobre la filosofía positivista. I. Psicología celular, by the catholic philosopher Hernández Fajarnés (1883).

El Positivismo llegó a España de la mano de los científicos, especialmente de la de los biólogos evolucionistas: en las décadas de 1870 y 1880 positivismo y evolucionismo marcharon juntos y implicados entre

sí. El primero venía siendo apoyado ya desde mediados de la década de 1860 por importantes Entidades e Instituciones [Sociedad Antropológica Española (1865), Ateneo de Madrid (particularmente desde 1868), Sociedad Española de Historia Natural (1871), Sociedades de Anatomía y de Histología (1874), Institución Libre de Enseñanza (creada en 1876)]. En la década de 1870 se había convertido en tema de moda entre los intelectuales españoles. A tenor de ello, se fue escribiendo en torno al mismo un amplio número de monografías -entre otras, las de P. de Azcárate, González Serrano, García de la Cruz, Zef. González , F. Mª Tubino, Suñé Molista, Estasen y Cortada, Alonso Martínez, etc.-, al mismo tiempo que se desarrollaban duras controversias en torno a sus repercusiones en diversos aspectos de la cultura, particularmente en el de la religión. La poderosa corriente científica, originada en la incorporación del positivismo, sería descrita por Calderón Arana como "movimiento novísimo de la Filosofía natural en España" (1879).

Del positivismo evolucionista se venía hablando en España va desde la aparición de El origen de las especies (1859) de Darwin. Fue divulgado por A. Machado y Nuñez (Universidad de Sevilla) en los inicios de la década de 1860, y criticado en algunos Discursos de Apertura de Curso [p.e., por Planellas Giralt (Universidad de Santiago, 1859-1860) o por Flores Arenas (Univ. de Sevilla, 1866-1867)] así como en otros contextos, como en la célebre Conferencia Sobre la naturaleza y el origen del hombre de Letamendi en el Ateneo de Barcelona, en 1867. La proclamación de la ley de libertad de enseñanza y de expresión, promovida por la Revolución Gloriosa (1868), colaboró poderosamente en la difusión del positivismo evolucionista. De hecho, logró desencadenar entre los intelectuales españoles un extraordinario clima de ebullición ideológica que favoreció tanto el desarrollo de la ciencia experimental como la incorporación abierta de toda una serie de novedosas ideas científicas, entre las que la más importante era la esta del evolucionismo de Darwin, Haeckel y Spencer (Glick, 1982, p. 13-15). El impacto producido por tales novedades provocó una nueva versión de la contraposición ideológica entre la España conservadora, autoritaria e inmovilista, y la España liberal y progresista. Finalmente, la aceptación de positivismo por la mayoría de los krausistas españoles hacia 1875, a parte de constituir un punto de inflexión en el idealismo krausista (en lo que se denominaría el krausismopositivismo, de Salmerón, González Serrano, Giner de los Ríos), supuso un nuevo e importante aval para el desarrollo ulterior del positivismo evolucionista, de manera que, antes de finalizar la década de 1870, estaba ya muy claro que el positivismo habla llegado agul no ya como un circunstancial invitado, sino como una doctrina que exigla quedarse

definitivamente y por derecho propio.

Con la publicación de *La descendencia del hombre* (1871), Darwin hizo explícitas las implicaciones especificamente humanas del transformismo biológico. Más radicales y audaces que él, los zoólogos Th. H. Huxley (en 1863) y E. Haeckel (en 1866) habían extraído ya las consecuencias últimas de dicho transformismo, elevándolo a doctrina cósmica universal (algo que ya había realizado H. Spencer), y concluyendo, por un lado, que al igual que cualquier otra forma biológica el hombre en su integridad procede de formas orgánicas inferiores y, por otro, que las más bajas entre éstas formas vivientes deben proceder de otras que son inorgánicas. Haeckel expuso este transformismo universal en *su Morfología General de los Organismos* (1866) y, en forma popular en 1868, en *Historia natural de la creación*, desarrollándolo posteriormente en su *Antropogenia* (1874).

En general los positivistas españoles prefireron no ya la doctrina darwiniana, sino las versiones evolucionistas de Spencer y de Haeckel, bien por su común carácter cosmovisional bien porque ambos aplicaban el modelo biológico directamente a las ciencias sociales. Con todo, la cosmovisión y la antropología de Spencer alcanzaron mayor predicamento que las de Haeckel debido a que su idea de lo «Incognoscible» mantenla una ventana abierta a la experiencia religiosa, aspecto decisivo para los grupos krausistas y liberales porque dejaba una ventana abierta al mundo suprapositivista (el del Espíritu, el de la Humanidad) y porque permitía evitar un conflicto abierto e irreductible entre las nuevas ideas científicas y los sentimientos religiosos (Núñez, 1977, p. 45-46). La formulación radical del evolucionismo de Haeckel, orientada decididamente al materialismo, presentaba una total secularización positiva tanto de los viejos monismos racionalista (Spinoza) e idealistas (Schelling, Hegel) -panteistas v especulativos-, como del más reciente monismo científico materialista de mediados del s. XIX (la zoología de Vogt, la fisiología de Molescott y las filosofías de Büchner y Czolbe) -igualmente especulativo-, al que él incorporaba la idea básica de la evolución o historicidad de la materia; es por ello que vendrá a ser asumida por los círculos filosóficos y científicos españoles más radicales, y por lo que los antievolucionistas no tardarían en condenarlo unanimemente como la cabeza del materialismo anticristiano. En cualquiere caso, en sus versiones speceriana y haeckeliana, el evolucionismo reservó un lugar destacado para la cuestión del «conocmiento científico» del alma y de las facultades. Tal fue el contexto histórico-doctrinal en el que se desarrolló la «psicología celular» de Haeckel en década de 1870.

E. Haeckel (1834-1919), Dr. en Medicina, ejerció la Cátedra de Zoo-

logía en la Univ. de Jena (1861-1909). Leyó a Goethe, a Lamarck, a Darwin, y su credo epistemológico fue «la ciencia libre y la enseñanza libre». Sus múltiples viaies de exploración zoológica v su labor analítica y científica le granjearon fama entre los especialistas de notable naturalista, bien que sus adversarios criticaran su arrogancia inductiva v su escasez argumental en los fundamentos empíricos de sus inducciones (metafísicas). Sus escritos más directamente relacionados con la psicología son «Perigénesis de las plastídulas» (1876) y «Las almas celulares y células psíguicas» (1878), que fueron traducidos al francés en 1880 y luego al español [primero a partir a partir de esta vers. francesa. en 1882, en extracto y con una Introducción de Peregrín Casanova, y luego directamente y completa a partir del original, en 1889, por A. Zozayal, en un único volumen bajo en título Ensayos de psicología celular. Con posterioridad. Haeckel expondría los diversos aspectos de su «psicología celular» en muchos otros escritos. «El origen y la evolución de los instrumentos sensoriales» (1878), Psicología de los Radiolarios, Estado actual de nuestros conocimientos sobre el origen del hombre (1898) [cf. caps. «La Fisiología Comparada y el Lenguaje» y «La psicología comparada y la cuestión del alma»], Los enigmas del Universo I-II (1899) [cf. capítulos «Nuestra genealogía», «De la naturlaleza del alma», «Grados de jerarquía del alma», «Embriología del alma», «Filogenia del alma», «Conciencia del alma» e «inmortalidad del alma»1. Las Maravillas de la vida, I-II (1904) [cf. caps. XIII y XIV, relativos a cuestiones de psicología de la sensibilidad y de la vida intelectual, respectivamentel, Menchen-Problem (1907), Zellseelen und Seelenzellen (1909) y Kristallseelen (1917, póst.). [Expondremos la "psicología celular" de Haeckel por la versión de ésta de 1889, completándola con la contenida en su obra de 1899]. Haeckel cita como antecedentes de su fisiología celular al botánico Schleiden, al zoólogo Schwam y al patólogo Virchow (Haeckel, 1889, p. 25), toma como precedente inmediato de su teoría del "alma de las células" la «teoría de las psyeades» de F. Schulze y asume su deuda con la doctrina psicológica de M. Verwon [Estudios psicofisiológicos sobre los protistas (1889) y Psicología general (2ª edic., 1897)].

La «psicología celular» de Haeckel se asienta sobre dos grandes principios, que él aporta a la Biología científica: la «ley de la sustancia» [unidad y continuidad del universo, concatenación causal de todos sus fenómenos, «materia» y «fuerza» como atributos esenciales e inseparables de una única y misma sustancia, y «fuerza» o «energía» como dimensión espiritual del «Ser cósmico divino», que es la sustancia universal (1899, I, p. 27)]; y la «ley biogenética fundamental» [la ontogenia como una recapitulación abreviada y acelerada de la filogenia (1889, p.

15; 1899, p. 83)]: se trata de una cosmovisión universal mecanicista, que coloca el devenir de todos los órdenes del universo bajo «las leyes necesarias, inquebrantables y fatales de la mecánica», devenir que resulta ajeno a todo vitalismo y a toda teleología (1889, p. 17) o a cualquier «plan de creación preconcebido» sobrenatural (1889, p. 29). Consecuentemente, para Haeckel, tanto la psicología metafísica dualista tradicional como la supuesta psicología «científica» contemporánea (1898, p. 83) carecen de verdadera cientificidad, lo mismo que el método «introspectivo» en el que se basan (1899, p. 96-98 y 112-113). La «ciencia del alma" será, para él, una simple rama de las ciencias naturales (en general, de la biología, y, en particular, de la fisiología científica): Sus métodos leaitimos serán "la observación y la experimentación", "la historia del desarrollo" y "la especulación metafísica [bien que tomando ésta en el sentido positivista]" (1899, p. 91), junto con el método comparativo hombre-animal (1889, p. 114-115), avalado por el «principio pithecométrico» de Huxley, y tendrá como ciencias auxilares la Fisiología y la Embriología. Pasada en la Antropogenia, las dimensiones fundamentales de la ciencia del alma son, la «psicología comparada» (1899, I, 100ss), la «psicología ontogénica» (1899, I, p. 104-105) -al estilo de la desarrollada por Preyer-, y la «psicología filogenética» (1899, I, p. 105-106) -como la apuntada por Darwin en su estudio sobre el instinto.

La concepción científica del psiquismo es para Haeckel, a la vez, una Fisiología de las funciones mentales (1899, I, p. 91) [«todos los fenómenos de la vida del alma sin excepción, van unidos a cambios materiales que tienen lugar en la sustancia viva del cuerpo, en el plasma; hemos designado la parte de éste, que aparece como indispensable soporte del alma, con el nombre de psicoplasma ('sustancia del alma' en el sentido monista)" (1899, I, p. 110)] y una Física del sujeto orgánico que hace posible dichas ["les es indispensable, desde que el 'alma' debe funcionar o trabajar, una cierta composición química del psicoplasma y una cierta manera de ser física; esto es tanto para la actividad física elemental (sensación y movimiento plásmicos) entre los protozoarios, como para las funciones animales superiores, el hombre a su cabeza" (1899, I, p. 110)]. Precisamente, la "psicología celular" que presenta no será otra cosa que la aplicación estricta de la Fisiología celular y de la Química del carbono a la explicación científica de todos los procesos psíquicos.

Noción eje de su fisiología científica, las «células» son organismos microscópicos elementales, "entidades independientes, autónomas», "individuos de primer orden", prmigenios "hogares de la vida". Los organismos complejos -nacidos siempre de una única célula primitiva, "célula ovular", que se divide una y otra vez bajo las solas fuerzas mecánicas

de la historia evolutiva - no son sino "una unidad social organizada (...) un Estado, cuyos ciudadanos son las células individuales», en el que los elementos difieren unas de otros en virtud de la división del trabajo, permaneciendo todos ellos en una relación de dependencia recíproca y sufriendo las leyes del poder central de la comunidad (1889, I, p. 26-28), bien que el grado de centralización de estas "repúblicas celulares" sea diferente en los distintos grados de la escala de los organismos, mayor a medida que se asciende en la misma. Así las cosas, «preguntar por esa célula primitiva -comenta Hernández Fajarnés- vale tanto como preguntar por la prmera sustancia formadora o dotada de poder organizador; (...); la investigación de la célula original equivale a la investigación del origen [último] de la vida" (1883, p. 32).

La respuesta de Haeckel está en su teoría del protoplasma, de acuerdo con la cual la célula consiste, en el fondo, en un «contenido de consistencia muelle, no fluido, sino semi-fluido y semi-sólido, o mejor, en 'sustancia celular' ... formada, ora exclusivamente, ora en su mayor parte, de una materia albumonoidea" (1889, p. 31). Dicha sustancia desempeña todas las funciones básicas de la vida, siendo a la vez -en términos de Huxley, asumidos por Haeckel- "la base psíquica de la vida". El análisis microscópico distingue en la célula los componentes estructurales "protoplasma" y "núcleo celular", a los que considera sus elementos esenciales, los elementos activos más importantes de la vida, y, consiguientemente, como el origen último de la misma y de sus funciones básicas -nutrición y reproducción, sensación y movimiento- (1889, p. 30-33). En 1864 Haeckel decubrió la existencia de organismos todavía más simples que los entes unicelulares -a saber, las Móneras-, seres cuyo cuerpo está constituido unicamente por "una pequeña masa, homogénea y sin estructura, de protoplasma, sin núcleo y absolutamente amorfa" (1889, p. 34), si bien, estos "protogenes primordiales" (Cytodeos), reunen en sí la propiedades del protoplasma y núcleo celulares, de manera que, en su estado de indiferenciación de partes anatómicas y funcionales, "cada partícula del cuerpo de una Mónera puede realizar todo lo que realiza el conjunto del organismo" (1889, p. 35-36). Las "móneras" han nacido en las épocas primitivas por generación espontánea o autónoma, a partir de la materia inorgánica (1889, I, p. 36). Haeckel designa a esta sustancia con las expresiones "materia viva", "materia plástica", «plassón» o «bioplassón" (1889, I. p. 38-39), por constituir la materia prima - "materia formadora"- de la vida orgánica. Puso ambas formas elementales de vida -células y móneras- bajo el nombre de "plástidos": "son ciertamente los únicos artistas plásticos que, gracias a su actividad, han construido todo el maravilloso edificio de la vida orgánica" (1899, p. 43). De esta forma,

aquella inicial "teoría celular" se convierte ahora en una "teoría de los plástidos ó de las plástidulas". Su origen constituye el objeto del primer ensayo de su "psicología celular".

La fisico-química de la vida v de la psique de Haeckel (1889, I, p. 44ss) va de una «psicología atómica» a una «psicología celular». La composición cuantitativa del plasson de las móneras oscila relativamente poco: "cada partícula infinitamente pequeña de plasson es, como en un cristal, de una combinación química homogénea" y, bajo el punto de vista fisiológico y psicológico, es semejante al cuerpo entero (1889, I, p. 36). Físicamente, sus moléculas son una composición de átomos que posee todas las propiedades que la física atribuye a las moléculas hipotéticas o a los "átomos compuestos" (1889, I, p. 50). Químicamente, las sustancias plássicas son parte de las "materias albuminoideas" y están formadas por "una combinación azoada de carbono de una composición muy compleja", en la que "hay siempre al menos cinco elementos unidos en cada molécula presentando, por término medio las proporciones siguientes: 52-55 por ciento de carbono, 6-7 por ciento de hidrógeno, 15-17 por ciento de azoe, 21-23 por ciento de oxígeno y 1-2 por ciento de azufre" (1889, I, p. 47). El carbono, pues, constituye para Haeckel el principio fundamental de la «vida» (1889, I, p. 48), cualquiera que sea el grado de su desarrollo. Dicho principio se desarrolla en diversas formas y grados de psiguismo: el más elemental es el del átomo, y el más elevado el del hombre. "Cada átomo posee una suma inherente de fuerza y es, en este sentido, 'animado'. Sin la hipótesis de una 'alma del átomo', los fenómenos más vulgares y más generales de la guímica no se explican. El placer y el disgusto, el deseo y la aversión, la atracción y la repulsión. deben ser comunes a todos los átomos; porque los movimientos de los átomos, que deben tener lugar en la formación y la disolución de una combinación química cualquiera, sólo son explicables si les atribuimos una sensibilidad y una voluntad..." (1889, p. 53-54). En su radicalismo, Haeckel ha pasado de la doctrina del "alma celular", a la teoría del "alma de los átomos" ("alma atómica, eterna e invariable"), una teoría en la que el movimiento voluntario en el hombre, por ejemplo, se distinguiría del movimiento voluntario de un átomo unicamente por su mayor complicación (1889, I, p. 54-55).

La "psicología celular" de Haeckel es la aplicación inmediata y sin concesiones de las anteriores teorías físico-químicas y biológicas mecanicistas a la "ciencia del alma". Agente principal de la "vida psíquica" -sensación y movimiento- (1889, II, p. 165), el protoplasma celular recibe el nombre de "psicopalasma". A través de los sucesivos estadios de la evolución y de diferenciación interna, el psicoplasma da lugar al

"neuroplasma" [y, con ello, a los animales, seres complejos dotados de sistema nervioso, órganos de los sentidos y sistema murcular, los cuales iuntos constituyen el denominado "aparato psíquico" (1889, p. 115-118)]. en cuya cúspide aparecen las "células cerebrales", también denominadas "células del alma" o "células intelectuales" (1889, II, p. 124-125). Haeckel apunta los estadios principales del desarrollo de los "órganos del alma" (el citado "aparato psíquico") y de la vida psíquica -"cytopsiquis solitaria". "cytopsiquis social", "histopsiquis sin conciencia", "neuropsiquis sin conciencia", y "neuropsíquis con conciencia" (1899, I, p. 131)- y explica la actividad de aparato psíquico -en sus aspectos de sensación y voluntad. incluido el de la conciencia- utilizando como modelo teórico el citado sistema de telegrafía eléctrica (1889, II, p. 122-134). Resulta evidente que esta teoría haeckeliana del "alma de las cálulas" y de los "estados celulares" deja abiertos muchos interrogantes psicológicos -p.e., sobre la sede de la vida psíquica, sobre la unidad-pluralidad del alma, sobre el grado de integración del psiguismo en los organismos complejos, etc.-, que Haeckel afronta en diversos lugar de su obra, pero no constituen ya objeto del presente análisis. No obstante, para la evaluación global de sus sistema teórico, resultarían de mayor interés sus alusiones específicas -que no tratamientos sistemáticos- a los diversos procesos psicológicos (sensaciones, movimientos, reflejos, representaciones, memoria, instintos, razón y lenguaje, emociones, volundad y el libre albedrío (1899, I, p. 110-129), a los aplica de manera implacable los principios materialistas y mecanicistas de su Zoología científica.

La penetración de la obra de Haeckel en España, siempre selectiva, tuvo lugar por una doble vía: la traducción -que se inicia con la publicación de "Origen y genealogía de la raza humana" (vers. de Machado y Núñez, en 1874), y que tiene una especial incidencia para nosotros con las versiones de 1882 y 1889 de la citada "psicología celular" (antes de finalizar el siglo se habían traducido al español casi todas sus obras); y las exposiciones de su pensamiento (Núñez, 1975, p. 184ss). Por lo que resepecta a éstas, aunque algunas fueron relativamente tempranas, será la década de 1870 la que la introduzca de una manera sistemática, dando lugar a una etapa dominada por la "moda transformista" (Núñez, 1877, p. 28-29). De su difusión se encargó un nutrido grupo de intelectuales positivistas, tocados en general de una actitud intransigente, de entre los que se destacan las figuras de A. González Linares (en Santiago de Compostela), R. García Alvarez (en Granada), A. Machado y Núñez (en Sevilla), P. Casanova (en Valencia), que mantuvo relación epistolar con Haeckel (entre 1876-1883), Chil Naranjo (en Las Palmas), etc. Haeckel serla nombrado socio de honor de la Sociedad Antopológica Española

(1874), y junto con Darwin, Profesor Honorario de la ILE (1876). En 1875 fue citado por González Serrano y Salmerón junto a Comte, Darwin, Stuart Mill v Wundt, v los célebres debates del Ateneo de Madrid del curso 1875-1876 sobre el positivismo tenían un claro transfondo doctrinal haeckeliano. En el curso 1877-1878 González Linares impartió un curso sobre la «Morfología de Haeckel» en la ILE, que recibio amplia difusión a través de las revistas BILE. Revista Contemporánea y Revista Europea, por entonces la Revista Contemporánea discutió las ideas de la Anthropogenie de Haeckel recientemente publicada. En 1878 Estasen y Cortada pone un prólogo a la traducción española de la obra de Haeckel La creación. La década de 1880 sería menos prolija en escritos sobre el pensamiento científico haeckeliano. Pero aún aparecen nombres de importancia que a lo largo de la misma leyeron y expusieron sus doctrinas biológicas, como son los de Fuertes Acevedo, L. Simarro, R. Gómez Ferrer, S. Sanpere y Miquel, L. Soury, etc. [Antes de finalizar la década, J. de Castro y Castro (1889), escribió un trabajo sobre Psicología de la célula, que no hemos podido consultar].

La penetración del pensamiento biológico haeckeliano en España fue todo menos un camino triunfal. La intransigencia de unos chocaría con la intansigencia de otros; por otra parte, en la crítica había más arqumentación que verdadera ciencia. En 1866 el médico Flores Arenas escalificaba el transformismo biológico porque hacía descender al hombre de "un deforme y asqueroso mono"; un año después, otro médico, J. Letamendi, ironizaba sobre la tesis de la mutabilidad de las especies -"si soy hijo de un orangután -decla-, por igual razón debo ser nieto de una col, y bisnieto de una piedra"-, al tiempo que condenaba energicamente a las grandes figuras del transformismo. En la década de 1860, las mismas autoridades académicas se encargaban de que, a través de los Discurso de Apertura, el transformismo estuviera condenado al ostracismo en la Universidad; ni las obras de Darwin ni las de Haeckel hallarían un lugar en la Biblioteca General del a Universidad de Santiago en todo el siglo XIX. La década de 1870, por su parte, fue testigo de una oposición frontal por parte de los exégetas católicos a todo tipo de transformismo (y, particularmente al más adical, el haeckeliano), que en España mostraba un avance continuo, arrogante y "a cara descubierta". Tal fue el caso, p.e., de las condenas y proibiciones eclesiásticas «por decreto» en las diócesis de Granada (en 1872, contra el discurso de García Alvarez) y de Las Palmas (en 1876, contra las investigaciones de Chil Naranjo). Junto a esta exégesis, los críticos católicos añadirán además la preocupación por las cosecuencias morales, sociales y políticas del transformismo. Así sucedió, p.e., con el célebre discurso de Cánovas (en 1872) en

el Ateneo de Madrid, o con el artículo crítico de Huelín (1872), en el que alertaba contra unas supuestas "consecuencias inportantísimas len aquellas materias] cuya magnitud, aunque incalculable, espanta, consterna y aterroriza (a saber, 'el desorden, la anarquía y la fuerza, acompañadas de la astucia y de las pasiones más abjectas, ruines, bajas y bastardas']". Un año después, fray Zef. González (1872) llamaba a una cruzada especial en la que "todo hombre de buena voluntad, siquiera sea racionalista, acuda al campo del honor, luchando sin tregua ni descanso contra esa filosofía materialista que axfisia a la razón humana", cruzada en la que debía comprometerse con más motivo todo el que fuera católico crevente. En la misma linea militaban L. García Martín, I. C. Gramontel, Pardo Bazán (1877), Polo y Peyrolón (1878, «felices nosotros que hemos tenido la dicha de poner claro nuestro abolengo ilustre, descubriendo a fuerza de intelectuales sudores que somos nietos o primos, pero primos o nietos monísimos, del mono»), L. Pérez Mínguez, o fray T. Cámara (1879), que en su respuesta a la obra de Drapper llegó a calificar a los adversarios de la fe católica como "forjados del más vil y rastrero linaje" y a negar las pretensiones de la "razón autonoma". En todo caso, no todo en aquella década fue intolerante crítica: hubo asimismo entre los cientificos y los filósofos, algunas actitudes tolerantes, como las de Sánchez Calvo, G. de Zárate, Prieto Caules, Reus Bahamonde o R. Martínez Molina (Nuñez, 1877, p. 21-22), como las habría igualmente en la década de 1890 incluso entre los apologetas católicos, que ahora se preocuparían por buscar actitudes más concordantes entre la religión y al ciencia. entre la creación y la evolución, como sucediera con Sanz Escartín, el mismo Zeferino González o el padre Arintero.

A comienzos de la década de 1880 la «cruzada» contra el transformismo había alcanzado en España enormes proporciones. En esta nueva etapa la polémica incluía como novedad el factor especificamente psicológico. A través de la traducción francesa de «Las almas celulares y las células psíquicas» de Haeckel los católicos españoles conocieron la aplicación haeckeliana -directa, explícita e implacable- de los principios teóricos del positivismo evolucionista al alma humana y su alcance final materialista. Resultaba claro que el positivismo estaba ahí, desenfadado y desafiante, decidido a apoderarse definitivamente del campo psicológico. Un joven filósofo católico, Hernández Fajarnés, haría de la «psicología celular» el objeto de su reflexión crítica contra el positivismo. En Barcelona, se había desatado un fuerte contraataque católico en el entorno de la revista El Sentido Catolico de las Ciencias Médicas, fundada en 1879; en él intervinieron de Paula Benessat, Plans y Puyol, Venturini y Hernández Fajarnés (1882), éste con su escrito "Estudios críticos sobre

filosofía positivista. La psicología celular de E. Haeckel", el ataque más específico y directo contra dicha psicología, y a la vez germen del libro del mismo título que publicaría al año siguiente.

Jurista y filósofo. Prof de Historia de la Filosofía (1872) y de Griego en la Universidad de Zaragora, de la que llegaría a ser Rector durante catorce años, A. Hernández Fajarnés (1851-1909) ganó por oposición la de Metafísica. Fue senador en varias legislaturas, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1884) y colaborador en la Ilustración Católica. En 1900 obtendría por traslado la Cátedra de Lógica Fundamental de la Universidad de Madrid. Formó parte del Consejo de Instrucción Pública, y se destacó siempre como buen orador, escritor correcto, agudo polemista y como católico de acción. Hernandez Fajarnés ideó un provecto intelectual filosófico-crítico destinado a combatir con todas las armas a su alcance al positivismo (y al krausismo). al igual que lo estaban haciendo por entonces otros neoescolásticos: él mismo había formado parte de un grupo de jóvenes (Ortí y Lara, Pidal y Mon, Gabino Tejado, C. Perier, etc.) que, allá por 1871, se reunía con fr. Zef. González en el Convento de Pasión de Madrid para discutir problemas filosóficos (Fraile, 1972, II; p. 118). Con el título general Estudos críticos sobre la Filosofía positivista, dicho proyecto estaba formado por varios volúmenes, dos de los cuales eran específicamente psicológicos: La psicología celular (1883), de carácter crítico, el primero en aparecer y que debía actuar como prólogo del conjunto de la obra, y Principios de Metafísica. Psicología (1889), de intencionalidad constructiva, y destinado a elaborar una psicología espiritualista de corte neoescolástico. Su preocupación intelectual era salvar la personalidad humana, supuestamente maltrecha por el monismo materialista evolucionista. Hernández Fajarnés no se condujo como aquellos exégetas eclesiásticos, intransigentes, de mentalidad cerrada e incapaces de descender a los detalles científicos del problema; lo hará como un filósofo laico razonablemente bien informado, que, aunque no menos intransigente que ellos, intentaba fundamentar sus opiniones antitransformistas en las mejores fuentes posibles. Conocía las teorías que sobre el hombre y el alma se estaban produciendo en Europa desde mediados del siglo XIX (cita a Lotze. Fechner, Wundt, Ribot, Taine, Spencer, Bain, Delboeuf, Paulhan, Sergi, Büchner, Molescott, Darwin, Haeckel, Soury, Siciliani, etc.), y naturalmente estaba bien formado tanto en el pensamiento neoescolástico decimonónico (Balmes, Liberatore, Sanseverino, Zigliara, Zef. González, etc.) como en el de los filósofos y teólogos clásicos del catolicismo. Curiosamente, en sus obras psicológicas no aparerce la menor alusión a los transformistas haeckelianos españoles.

Hernández Fajarnés toma como blanco de su crítica al Positivismo ("sistema filosóficio que informa la Psicología de Haeckel") y a sus derivados, el Monismo y el Materialismo. Ve en él «la triste herencia de los grandes errores religiosos y filosóficos de la edad moderna" (1883. p. 19-20) y «la gran conspiración ... contra la Metafísica, la Cosmología. la Biología, la Antropología, la Psicología y la Sociología" (1883, p. XVII). Frente a tamaña conspiración, asume como primer objetivo el "rebatir cientificamente el error de las soluciones transformistas, oponiendo de paso a la propagación de tan falsos principios las serenas verdades de la filosofia espiritualista, que ha civilizado al mundo" (1883, p. XVII). Habrá que precisar qué entiende el por "cientificamente" y «verdad» v cómo aplica estos términos a la crítica de dicho sistema. De hecho. en su crítica hay todavía una alta dosis de apologética católica y de cruzada, ajena a la discusión verdaderamente científica. Fruto sólo de «la dialéctica la más degenerada» (1883, p. XIII) -afirma del transformismo-, sus principios implican "la negación radical de toda metafísica v de toda verdadera filosofía» y una «lucha contra Dios, contra la naturaleza, contra la vida, contra la razón, contra las leyes de la ciencia, contra la realidad individual y social del ser humano" (1883, VII-VIII), al tiempo que, «usurpando el nombre y los respetos de la Ciencia», propone «el ateismo en Religión, la nada en la Metafísica, el atomismo mecánico en Cosmología, el sensualismo en Ideología, el materialismo en Antropología, y, finalmente, el egoismo, la utilidad, las combinaciones sentimentales, la reacción de la sustancia gris, por principio de la llamada Moral positivista, especie de tocador de las almas feas" (1883, p. VIII). Convertido en ideología añade Hernández Fajarnés-, la «propaganda» lleva al positivismo evlucionista a invadir el resto de los ámbitos de la cultura, la política, el arte, la literatura, la educación, de manera que sus "envenenadoras miasmas» (relativas a los problemas de la personalidad, de la voluntad, de la fatalidad y el determinismo, de la reducción materialista, etc.) terminarán por inficcionar incluso -a través psicología patológica- toda la psiquitría naturalista (1883, p. X-XI). El concluye que, aplicadas a la psicología humana -en general, a toda psicología-, las exigencias del Positivismo acaban reduciéndola a pura físico-química, a fisiología, a zoo-psíquica, a una «psicología sin alma», crudamente reduccionista materialista y mecanicista (1883, p. 13-17), notas todas ellas que efectivamente definen la «psicología celular» de Haeckel. Una tal psicología deberá ser considerada como "reo de lesa humanidad" (1883, p. XI). Ante tales principios se deberá adoptar una actitud personal militante (típica de una cruzada) de la que ningún correligionario católico puede permanecer al margen (1883, p. XXIII). El mismo consideraba dicha cruzada

intelectual -focalizada en la «psicología celular», «psicomecánica», «zoopsicología» o «fisiología psíquica», de Haeckel- como una lucha "tan radical y tan cruel como no la han conocido las páginas de la Historia de la Filosofía".

No obstante, parace que una tal cruzada se asentaba, en la obra de Hernández Fajarnés, en un sofisma epistemológico. Cierto que, el lema subvacente a su reflexión crítica era "ni Ciencia sin Metafísica, ni Metafísica sin Ciencia" (1883, p. XXV), fe inquebrantable en «el consorcio de la razón metafísica y de la experimentación científica» (1883, XXVI, cf. p. 10-11), y que, en consecuencia, para él la verdadera psicología [la escolástica) es «verdadera ciencia metafísica», por la naturaleza de su objeto (el alma espiritual, divina en su origen, inmaterial, inmortal, forma sustancial del cuerpo, sujeto de las facultades psíquicas), por sus grandes principios (sustancialismo, hilemorfismo, espiritualismo) y por las altas verdades que alcanza (1889, p. 5-6). Mas, hay que subrayar que agul no caben subterfuígios terminológicos; tal metafisicismo podría haber sido firmado igualmente por Haeckel: la diferencia entre ambos reside en que mientras que el Prof. de Zaragoza habla de una «metafísica de las verdades inmutables y eternas» (la aristotélico-tomista, especulativa y teológico-bíblica), el Prof. de Jena se refiere a una metafísica meramente inductiva, naturalista y laica, de corte positivista, entendida como simple generalización empírica de los resultados de la observación y el experimento objetivos. El tal caso, la argumentación de Hernández Fajarnés sólo podía tener sentido para los partidarios de su propio credo intelectual y religioso. En fin, sin duda tenía más consistencia su idea de que la psicología celular de Haeckel hacía verdaderas afirmaciones metafísicas para las que nunca llegó a aducir pruebas científicas consistentes

Una de las características más salientes de ese doble juego epistemológico y doctrinal es que Hernández Fajarnés hace un uso muy extenso y variado de argumentos de autoridad. Por lo general, la alusión a los diferentes científicos y filósofos se realiza mediante expresiones axiológicas que definen sus simpatías o antipatías. Hay un evidente contraste entre la referencia a los que considera filósofos, científicos, maestros, catedráticos "insignes", "sabios", "hombres de razonada autoridad", "honrados" "defensores de la verdad absoluta de las esencias metafísicas", etc., y la relativa a los pensadores "positivistas", "monistas", "materialistas", "relativistas", "ateos", "febriles propagandistas", entregados a "la más degenerada dialéctica", "defensores de negaciones monstruosas", destructores de los "sanos principios" de la moral, de la política y de la sociedad, etc. Sus autoridades en filosofía y en teología son: a

parte del Doctor Angélico, los neoescolásticos el cardenal M. Liberatore. el antropólogo Dr. Frédault, el filósofo J. Balmes, el teólogo P. Zigliara. el filósofop-teólogo Zef. González, el P. Gratry, el erudito abate Moigno. a los que hay que añadir el espiritualista E. Rabier y los filósofos eclépticos Maine de Biran, P. Janet y Th. Jouffroy. Entre los científicos, sus «autoridades» son los médico-filósofos R. H. Lotze y W. Wundt, el físico Tyndal, el químico Dumas, los científicos Irn o Vacherot, el sabio Pasteur. el naturalista Cuvier (fijista), el médico C. Bernard, el fisiólogo Du Bois-Reymond, el geólogo Arduin, el naturalista Murphy, el patólogo Virchow, el fisiólogo y médico Chauffard, los fisiólogos Quatrefages y Milne-Edwards. etc., etc. Y, frente a la aceptación (bien que crítica) de las Psicogías fisiológicas de Lotze, Fechner, Wundt o Delbouef (1889, p. 71 y 86-9), aparece en su obra el rechazo frontal de las de Sergi, Paulhan, Taine, Soury, Luys, Spencer, Bain, Molescott, Haeckel, Siciliani, etc., por considerarlas transformistas, monistas y materialistas (1889, p. 61), dedicando a cada una de ellas una reflexión crítica individualizada. En todo caso. algunas de estas «autoridades» de Hernández Fajarnés -p.e., Du Bois-Reymond, Wundt, Virchow o Delboeuf- lo eran igualmente para Haeckel: la diferencia estaba en que mientras que éste tomaba los escritos de iuventud de dichas autoridades -radicales en sus planteamientos y doctrinas mecanicistas-, aquél tomaba de ellos sus escritos de madurez, que en en general son más moderados en sus principios teóricos.

La cruzada de Hernández Fajarnés contra la «psicología celular» de Haeckel desciende igualmente a temas particulares. Preocupado por asegurar la originalidad y la espontaneidad de la conciencia (1889, p. 154-155, 185-186), se pronuncia tanto contra el evolucionismo cósmico en general y el antropológico en particular, como contra teoría de la generación espontanea (1883, p. 147, 149), la psicogenia (1883, p. 217), el animismo y el vitalismo (1883, p. 79ss), la química del carbono como origen de la vida y de la psique (1883, Introduc.), el mecanicismo biológico (1883, p. 118-122 y 221-224) y, en fin, contra la reducción biologista del psiquismo.

## BIBLIOGRAFIA

Calderon Arana, A. (1879), Movimiento novísimpo de la Filosofia natural en España. Madrid, Casa Editorial de Medina.

Camara, T. (1879), Religión y ciencia. Valladolid, Impr. Gaviria y Zapatero. Castro Y Castro, J. DE (1889), Psicología de la célula.

Fraile, G. (1972), *Historia de la Filosofía Española*. I-II. Madrid, BAC. Glick, Th. (1982), *Darwin en España*. Madrid, Edics. Península.

- Gonzalez, Zef. (1872), "El positivismo materialista". La defensa de la sociedad, I.
- Haeckel, E. (1866), *Morfología General de los organismos*. Vers. esp. de Sampere Miguel. Barcelona, 1887.
- Haeckel, E. (1874), *Anthropogenie ou Histoire de l'evolution humaine*. Vers. franc. de Ch. LeTourneau, París, C. Reinwald, 1877.
- Haeckel, E. (1876 y 1878), "La perigénesis de las plastídulas" y "Las almas celulares y las células psíquicas".(Vers. franc., cf. Haeckel, 1880; vers. es.: cf. Haeckel, 1883 y 1889).
- Haeckel, E. (1880), Essais de Psychologie Cellulaire par Ernest Haeckel. Précédé d'une préface par J. Soury. Paris. Edit. de la Bibliothéque de Philosophie Contemporaine.
- Haeckel, E. (1882), Ensayos de psicología celular. La perigénesis de las plastídulas. Psicología celular Vers. de O. Codina. Valencia, Pascual Aguilar. (Con un Pról. de P. Casanova).
- Haeckel, E. (1889), Ensayos de psicología celular. La perigénesis de las plastídulas. Psicología celular. Vers. de A. Zozaya. Mac'rid, Sociedad General Española de Librería. Biblioteca Económico Filosófica.
- Haeckel, E. (1898), Estado actual de nuestros conocimientos sobre el origen del hombre. Vers. esp., Barcelona, Editorial. Atlante, s/f. [Citmos por la edic. esp.]
- Haeckel, E. (1899), Los enigmas del universo. I-II. Vers. esp. de C. Litrán. Valencia, Sempere y Cía, Editores, I-II, s/f. [citamos por la vers. esp.]
- Haeckel, E. (1904), Las maravillas de la vida, I-II. Vers. esp. de R. Urbano y M. Potó. Valencia, Sempere y Cía, I-II, s/f.
- Hernandez Fajarnes, A. (1882), «Estudios críticos sobre filosofia positivista. La psicología celular de Ernesto Haechel». El sentido católico de las Ciencias Médicas, 4. (1882), pp. 13-18.
- Hernandez Fajarnes, A.(1883), Estudos críticos sobre Filosofía Positivista. I. La psicología celular. Zaragoza, Imprenta «La Derecha».
- Hernandez Fajarnes, A. (1889), *Principios de Metafísica. Psicología.* Zaragoza, Tipografía La Derecha.
- Huelin, E. (1872), «Los brutos, supuestos engendradores del hombre». Revista de España, XXV.
- Nuñez, D. (1975), La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis. Madrid, Edics. Júcar.
- Nuñez, D. (1977), El Darwinismo En España. Madrid, Edit. Castalia.
- Pardo Bazan, E. (1877), «Reflexiones científicas contra el darwinismo», La Ciencia Cristiana, 4, 289-292.
- Polo Y Peyrolon, M. (1878), *Parentesco entre el hombre y el mono.* Madrid, Impr. de F. Maroto.